general se ha conducido respecto al guardabosque Grunewald, ordena terminantemente que no se moleste en manera alguna al espresado guarda ni á su hijo." Esta comunicacion ha sido al punto remitida con un espreso; porque el príncipe ha añadido: "Yo deseo vivamente que lo mas pronto posible se deje en paz á esas buenas gentes."

"M. Miller me ha encargado, ademas, saludaros muy amistosamente de su parte, y deciros que sin duda alguna la informacion que va á practicarse por el príncipe, redundará en ventaja vuestra, y que entonces no podrá dejar de conferirse á vuestro hijo la plaza de guardabosque."

Durante esta narracion, el viejo Grunewald y todos los miembros de su familia habian derramado, mas de una vez, lágrimas de enternecimiento. "¡Ah, querido Antonio, esclamó el anciano, la mano bondadosa de la Providencia es la que te ha conducido tan oportunamente para deshacer las intrigas de los enemigos que querian perdernos! Ahora sí, entreguémonos á la alegría," añadió levantándose y quitando el velo que ocultaba el cuadro del nacimiento de Jesucristo. Despues, dirigiendo al cielo una mirada de reconocimiento, esclamó: "Hijos mios, unamos nuestras voces al himno de los ángeles: GLORIA Á DIOS EN EL CIELO Y PAZ EN LA TIERRA Á TODOS LOS HOMBRES QUE TIENEN UN CORAZON PURO Y CRISTIANO!

CAPITULO IX.

LA VIRTUD RECOMPENSADA.

CUANDO Antonio hubo concluido su narracion, se informó con interes de la salud de sus padres adoptivos. Considerando sus cabellos blancos y las numerosas arrugas que sulcaban su rostro, notó con penosa emocion cuánto los pesares y los trabajos les habian prematuramente envejecido, sin manifestar sin embargo, á nadie lo mucho que afectaba su corazon este cambio, para no afligir á su sensible y digna familia.

Por otra parte, él vió con satisfaccion que Cristian, Catarina y Luisa estaban en la flor de la edad y gozaban de una brillante salud. Colmó de caricias á los dos hijos de su hermano Cristian no pudiendo menos de esclamar al verlos: "¡Con qué rapidez corre el tiempo! Hace diez y ocho años que Cristian, Catarina y yo estábamos en la edad de estos niños: Luisa era mas pequeña todavía; ahora estos chicuelos vienen á ocupar el lugar que nosotros teniamos." Antonio no se cansaba de contemplar y acariciar á los niños. Alentada con la amable familiaridad de su tio, Clarita se quejó de que no habia recibido todavía sus aguinaldos.... "Porque, dijo el niño Francisco interrumpiendo á su hermano, ese pícaro guarda general nos ha aguado la fiesta; es un verdadero Herodes, un enemigo de los niños."

La madre le reprendió por este rasgo de malignidad infantil.

"Y tú, tio mio, dijo á su vez Clarita, no nos traes algunos regalos de Pascua?

—No he dejado de pensar en vosotros, mis queridos niños; pero es necesario esperar que llegue mi equipaje."

Los niños quedaron muy satisfechos con esta respuesta y dieron muestras de armarse de paciencia.

En este instante se avisó de estar servida la cena; pero el esceso de placer que esperimentaban todas estas virtuosas personas de verse reunidas de nuevo en un festin de familia, hizo que durante la cena se hablase mucho y de consiguiente se comiese poco. Únicamente los niños hicieron honor á todos los platos, pidiendo inmediatamente despues irse á dormir, en tanto que los demas permanecieron platicando de sobremesa.

"Es necesario, dijo Antonio, que dispongamos una sorpresa agradable á estos preciosos muchachos: preparémosles un árbol de Navidad; porque si en ciertas comarcas de la Alemania no se deja de poner un retablo del Nacimiento, en otras es la costumbre elevar un pequeño árbol de cuyas ramas se suspenden los regalos destinados á los niños. Cristian tendrá la complacencia de ir á buscar un pequeño ramo de pino allí cerca del bosque. Yo tengo por mi parte todo lo necesario para adornarlo. Al venir aquí he dejado mi carruaje en la aldea de Echental, porque los caballos estaban muy fatigados, y no queriendo retardar ni un minuto el placer de volveros á ver, tomé á pié la senda que atraviesa la montaña. El coche cargado con mis maletas y bagajes llegará aquí mañana antes de amanecer y podré preparar á mis amiguitos para cuando despierten una sorpresa de las mas agradables.

En efecto, el dia siguiente muy temprano, y en tanto que los niños se hallaban todavía entregados al mas dulce sueño, toda la familia se ocupaba ya en el árbol de Navidad. Un jóven pinabete, escogido entre los mas bellos del distrito, de ramas muy verdes y bien tupidas, fué colocado en una esquina que formaban las dos ventanas. Despues de hecho esto y habiendo el carruaje descargado los efectos, Antonio abrió una caja llena de una multitud de juguetes, de dulces y de otros objetos cuya posesion causa tanto placer á los niños. Suspendió á las ramas del pinabete todos esos regalitos de bellas frutas,

de dulces de todos colores, de alcartaces llenos de confites, de almendras de garapiña, de guirnaldas pequeñas, de flores artificiales hechas tambien de azúcar cristalizada, adornadas con bonitos listones y lazos azules, verdes y color de rosa; añadiendo á todo esto un gran número de juguetes de toda especie. Antonio lo dispuso todo de una manera pintoresca y con mucho gusto y arte. En fin, tomó algunas docenas de lamparillas de hoja de lata llenas de cera y las colocó de un lado y de otro tanto en derredor del árbol como entre sus ramas, de manera que pudiesen iluminar sus brillantes galas sin quemarlas.

Cuando se hubieron terminado todos estos preparativos se fué á despertar á los niños. "Esperad, dijo Antonio, para dejarlos entrar aquí, á que yo haya encendido todas las lamparillas; la abuelita dará la señal."

Desde que los niños oyeron hablar de aguinaldos ya no pensaron en dormir ni estar un minuto mas en el lecho: no se podia vestirlos tan de prisa como ellos deseaban; en fin la mamá grande dió la señal esperada y dijo en alta voz: "Venid, entrad ahora."

No hicieron mas que dar un salto para precipitarse en la estancia; despues se detuvieron de repente sorprendidos y deslumbrados por el resplandor de esta iluminacion tan espléndida como graciosa. Así permanecieron un momento sin poder hablar; tanta era su admiracion y arrobamiento: con los ojos fijos y la boca abierta, no apartaban su vista de este árbol tan hechicero y resplandeciente. La magnífica verdura de sus ramas, la multitud de lamparillas que brillaban como estrellas, y esas lindas manzanas rojas, esas magníficas nueces de cortezas doradas, y esos mil juguetes de todos los colores, de todas las formas, les parecian haber sido trasportados allí por medio de algun encanto. No sabian si efectivamente era cierto lo que veian ó si no era mas que un sueño: al fin pudieron esclamar: ¡Oh! ¡qué bello es! ¡qué magnífico!

—En todo nuestro bosque, decia Francisco, no se encontra-

ria sin duda un solo árbol tan hermoso y cargado de frutos tan lindos y tan varios!

—Lo creo bien, repuso su hermana Clarita; tendrias que hacer si lo fueras á buscar en el bosque ó en nuestro jardin: árboles como éste no crecen mas que en el Paraiso. ¿No es verdad, mamá, que es el Niño Jesus el que nos ha hecho el presente de este árbol para nuestros aguinaldos?

—No es Él precisamente quien os le da tal como está ahí, respondió la madre; pero siempre es á Jesus á quien debeis este gozo, es á Jesus que en su tiempo vino al mundo, reclinado como un pobre niño sobre un pesebre, y que ahora está en los cielos; porque si no se hubiese aparecido en la tierra, no conoceriamos la fiesta de Navidad ni los aguinaldos.

—Y bien! añadieron los niños; nosotros lo amarémos mucho y lo obedecerémos siempre porque es tan bueno que quiere á los niños; nunca tal vez se ha sentido un gusto tan grande como el que nos ha proporcionado hoy.

—Teneis mucha razon, hijos mios, dijo la abuelita; y nos seria muy difícil á nosotros que hemos llegado á una edad avanzada sentir placeres tan vivos como los vuestros. Ciertamente, si hay séres perfectamente dichosos en la tierra son los que se encuentran todavía en la edad de la inocencia; todos sus goces son dulces y puros. ¡Que Dios proteja vuestra infancia y pueda conservaros largo tiempo en esa ingenua y amable sencillez! ¡Ah! añadió dirigiéndose á los demas de la familia, los placeres de que se gusta en la edad madura se cambian frecuentemente en amargura por la inquietud y los pesares, por la ambicion ó la avaricia ó por otras pasiones, y aun algunas veces por la angustia punzante de los remordimientos. He ahí lo que hace tan bellas como verdaderas estas palabras de nuestro divino Salvador: "*Si no os convirtieseis y no llegaseis á poneros en el mismo estado de los niños, no podréis entrar en el reino de los cielos.*"

El abuelo Grunewald dijo á su turno: "Esta costumbre de presentar á los niños un árbol de Navidad, me agrada mucho. Nuestros antepasados manifestaron tanta prudencia como sagacidad al aprovechar las mas grandes fiestas de la religion cristiana, para hacer de ellas otros tantos dias de regocijo para los niños. La esperanza de la venida periódica de estas alegrías infantiles, les hacia queridas de antemano las santas solemnidades de la Iglesia y disponia su corazon á tomar parte en la felicidad de un órden mucho mas elevado. Así pues, me decido desde ahora á que todos los años, si á Dios place, nuestros queridos niños tengan su árbol de Navidad mas ó menos adornado, pues no por mucho ó por poco dejarán de recibir menos placer. No es necesario mucho para hacer á los niños dichosos. Algunas bonitas frutas, dulces, nueces doradas y tal cual juguete agradable, son suficientes á falta de presentes mas costosos. Por otra parte, el amor que los buenos padres sienten por sus hijos ó sus nietos les sugiere siempre el medio de procurarles una alegría inocente y saludable. Ademas, el árbol de Navidad tendrá tambien su utilidad como medio de educacion; pues que nos podrá evitar frecuentemente el echar mano de otro medio de correccion. En efecto, nuestros hijos despues de haber tenido tanto gusto de ver un árbol de Navidad se regocijarán todo el año con la esperanza de tener otro nuevo, llegando la Pascua, y la amenaza de privarlos de él, si no son juiciosos y obedientes, producirá ciertamente mas impresion en su espíritu que los castigos mas severos."

Los padres espresaron á Antonio su vivo reconocimiento por el placer que habia procurado á sus niños.

"Es una bagatela, respondió él, que no vale la pena de hablar de ella; pero debo tambien rogaros que querais aceptar por vuestra parte algunos regalos."

A estas palabras, abrió su maleta, que se habia depositado en un rincon de la estancia. "¿Reconoceis todavía esta maleta? añadió; es la vuestra: cuando partí para Italia, vuestra bondad hácia mí la habia abundantemente provisto: es justo, pues, que á mi regreso no os la vuelva enteramente vacia."

Acabando de decir esto sacó unos géneros de seda, de un color propio para vestido, y para el forro algunas bellas pieles que presentó á la anciana madre diciéndole: "Dignaos recibir, mi querida mamá, este corto presente. El primer deber de un buen hijo es cuidar de que sus padres estén bien abrigados y vestidos con decencia durante la estacion rigurosa."

Dió en seguida á la jóven esposa de Cristian y á las dos hermanas, Catarina y Luisa, algunas piezas de tafetan para vestidos, así como chales y otros objetos de adorno. Cristian recibió una escelente escopeta de dos tiros, cuya culata, de madera de nogal, artísticamente trabajada, estaba incrustada de adornos de plata. Ya deben suponerse las muestras de alborozo, de gratitud y enternecimiento con que fueron recibidos estos dones: no se cansaban de admirarlos, de encarecerlos pasándolos de mano en mano, y estrechando con éfusion, á veces, las del generoso donante.

"En cuanto á vos, mi querido padre, dijo Antonio dirigiéndose al anciano guardabosque; como no debeis salir ya á la caza, ni recorrer los distritos de las selvas, sino mas bien descansar despues de tantos trabajos, he pensado que os seria agradable aceptar algunos fortificantes para sostener los dias avanzados de vuestra edad. He aquí, pues, un cesto que contiene algunas docenas de botellas de vino añejo del Rhin, de primera calidad. De tiempo en tiempo, para restaurar vuestras fuerzas, beberéis algunos tragos en este cubilete que os ofrezco como un recuerdo, al modo de los dones conmemorativos que se hacian entre sí los antiguos." Diciendo estas palabras presentó al anciano un soberbio cubilete de plata, cuyo interior estaba dorado, ostentando en el esterior un trabajo en relieve de una rara belleza: era una corona de hojas de encina artísticamente cinceladas, y en medio de la cual se leia la inscripcion siguiente:

A MI QUERIDO Y HONRADO PADRE,
FEDERICO GRUNEWALD,
GUARDABOSQUE:
EN MEMORIA DE UNA BUENA ACCION
EJERCIDA EN FAVOR DE UN POBRE HUERFANO LA NOCHE DE NAVIDAD
DEL AÑO DE 1740,
LO OFRECE EL DIA DE NAVIDAD DE 1758
SU MUY RECONOCIDO HIJO

Antonio Crouer.

Seria imposible pintar el profundo enternecimiento que el respetable anciano esperimentó al recibir este magnífico regalo. Lágrimas de alegría corrian hilo á hilo á lo largo de sus arrugadas mejillas, en tanto que Antonio le tenia fuertemente estrechado entre sus brazos. Pero su emocion llegó á su colmo cuando aquel puso en sus manos un rollo de monedas de oro.

"Padre mio querido, le decia, vos habeis hecho por mí gastos considerables, segun vuestra posicion, y no seria justo que vuestros hijos y vuestros nietos, se viesen privados de lo que debió formar una parte de su herencia."

El virtuoso anciano no queria aceptar aquel dinero.

"No es un presente mio verdaderamente, reponia Antonio para vencer su resistencia; es á nuestro buen príncipe á quien debeis esta rica gratificacion; pues al cederme esta suma, me ha puesto en estado de poder reembolsaros á lo menos de una débil parte de lo que os debo. ¡Cómo podré pagaros nunca vuestro amor y vuestros desvelos!"

A estas tiernas y nobles palabras, el digno anciano estrechó de nuevo contra su seno á su hijo adoptivo, y vencido por sus instancias se vió obligado á aceptar el cartucho de oro que le ofrecia.

Toda la familia, durante esta escena, se hallaba sumergida en la mas viva emocion.

"¡Ah, mi querido Antonio! decia la anciana Isabel, ¿quién habria creido en aquella noche de Navidad en que te reco-

gimos, medio muerto de frio y de hambre, que diez y ocho años despues, vendrias tú á ser á tu turno nuestro salvador; que nos harias recobrar nuestra morada, nuestro destino, y que nos recompensarias tan abundantemente de nuestros cuidados?

—¡Bendecid al Señor, mi digna madre, porque es Él el que todo lo hace: es Él quien ha guiado mis pasos á vuestra casa; es Él quien se ha dignado bendecirnos y salvarnos; yo por vosotros, y vosotros por mí: ¡qué su santo nombre sea glorificado....!" Ahogado por la emocion se detuvo algunos instantes; y despues limpiándose las lágrimas, añadió: "Ahora permitidme dejaros....

—¿Cómo? ¡ya! ¿y por qué?.... esclamaron todos á una voz.

—¿Pues qué no tienes gusto de estar con nosotros? dijeron los padres.

—No es mas que para hacer una visita á M. Riedlenger, á quien no he tenido lugar de ver despues de mi vuelta. Espero llegar á la ciudad á tiempo de poder asistir al servicio divino y despues iré á sorprender á mi escelente maestro como á vosotros, con mi vista inesperada. Mañana en la tarde volveré aquí con él y pasaremos juntos las Pascuas, así como los últimos dias del año."

Asegurada con esta promesa toda la familia, acompañó á Antonio hasta verlo subir á su carruaje, permaneciendo en la puerta hasta que éste desapareció entre los árboles del bosque. Al dia siguiente volvió Antonio con M. Riedlenger, como lo habia prometido, y su presencia de nuevo en la antigua casa del guardabosque esparció tal alegría en ella, que esta modesta y solitaria morada, situada en medio de una sombría floresta, encerraba, acaso, las personas mas dichosas que hayan jamas existido sobre la tierra.

Poco tiempo despues, Antonio rogó al anciano Grunewald y á la buena Isabel pusiesen el colmo á su dicha, concediéndole á su hija Luisa en matrimonio. Ambos vinieron en ello con el mayor gozo del mundo, y la jóven Luisa por su parte, con los colores del pudor en su bello rostro, manifestó que recibia contento de la aquiescencia de sus padres.

"¡Ah Luisa! decia la anciana madre, ¿quién me habia de decir hace diez y ocho años, cuando teniéndote todavía en mi regazo, dabas una pequeña manzana por regalo de Navidad al pobre huérfano que temblando de frio se presentaba en nuestra morada, que este mismo habia de ser el que un dia te condujese al altar? ¡Oh hija mia! Dios te enviaba entonces el esposo que debia hacerte feliz, y á nosotros un hijo cual pudiéramos desearlo."

Las bodas de Antonio y de Luisa fueron, como es de pensarse, la mas alegre de las fiestas que se hubiesen celebrado en la casa del bosque. Antonio compró en las cercanías de la ciudad una bella finca donde fué á establecerse con su jóven esposa, y como era pintor hábil y muy protegido del príncipe, hizo buenos negocios y vivió con Luisa en la union mas apacible y dichosa.

En la primavera siguiente llegó el príncipe inopinadamente al castillo de Felsek, acompañado del consejero Miller y de otro personaje muy entendido en materia de cultivo y de conservacion de bosques. M. de Schilt consternado por esta visita que no esperaba, no se prometió nada bueno de ella.

"Habeis traspasado mis órdenes, le dijo el príncipe con un tono severo: es cierto que descansado en la fé de vuestros informes habia suspendido provisionalmente de sus funciones al guardabosque Grunewald, y que habia resuelto no dar á su hijo sino una plaza inferior; pero nunca ha sido ni pudo ser mi intencion obrar con tanta inhumanidad, como habeis querido hacerlo en mi nombre; y espulsar á toda una familia de su domicilio en medio del rigor del invierno. Antes de ir mas lejos, veamos ahora cómo se encuentran los bosques confiados á vuestra inspeccion."

El distrito del guarda general se encontraba en el peor estado que pudiera pensarse.

"Segun los informes que habeis elevado á la direccion ge-

neral de bosques y aguas, le dijo el príncipe, todo se hallaba en un órden admirable, y sin embargo, yo he visto por mis propios ojos que está muy lejos de ser lo que habeis anunciado. Me he asegurado, sin ningun género de duda, de que en varios puntos se ha cortado mucha mayor cantidad de madera que la que se ha llevado en cuenta; de manera que se ha cometido un fraude y se me ha engañado."

Efectivamente, en la secuela de la informacion vino á probarse que el guarda general habia vendido cortas importantes para una mina de hierro cercana, sin hacer mencion de ellas en las cuentas. Schilt habia sido impulsado á una conducta tan culpable por la necesidad de satisfacer su gusto desenfrenado por los placeres y el fausto. No solo habia disipado en fiestas y prodigalidades un rico patrimonio, sino que habia contraido numerosas deudas y cometido por último, infidelidades en la administracion de los bienes de su señor. Así, pues, fué destituido y condenado á reembolsar al gobierno las sumas que habia defraudado.

Este hombre desgraciado, reconociendo sus faltas, aunque demasiado tarde, se retiró poco despues á una casita de campo, única cosa que le quedaba de la inmensa fortuna de su padre, y pasó en ella el resto de su vida en un estado muy cercano á la miseria.

En cuanto al distrito confiado al anciano Grunewald, el príncipe lo encontró en el mejor estado que podia pedirse y quiso manifestarle su satisfaccion. Al efecto vino un dia él mismo á ver al honrado guardabosque en su habitacion, trabando con él una larga plática sobre todo: hizo que le presentase á su familia dirigiendo á cada uno de sus miembros algunas palabras afables y bondadosas. Despues, y al montar en su caballo tordillo, que un picador con rica librea tenia de la brida delante de la puerta de Grunewald, el príncipe volviéndose hácia Cristian le dijo: "Desde hoy os nombro guardabosque en lugar de vuestro padre; haced por llenar vuestras funciones, como él ha sabido hacerlo. Luego, dirigiéndose al

padre: "En cuanto á vos, mi digno y honrado Grunewald, si bien estais avanzado en años, no por eso os hallais en el estado de incapacidad para el servicio en que os habia pintado ese malvado de Schilt. Aunque me sirvieseis por mucho tiempo mas, estariais todavía robusto y apto; así, pues, no puedo concederos vuestro retiro. Sin embargo, añadió el príncipe con un acento risueño y lleno de bondad, estrechándole amigablemente la mano; como ya Cristian tiene vuestra plaza, comprenderéis muy bien lo que quiero deciros.... Hasta otra vista, *señor guarda general*," y montó á caballo saludando á todos graciosamente con la mano.

La familia, sorprendida y como herida de estupor por este inesperado acrecentamiento de dicha, apenas tuvo fuerzas para inclinarse llena de gratitud y de respeto ante este buen príncipe y colmarle de mil y mil bendiciones mientras se alejaba.